

La condición narrativa del ser humano como herramienta en la lucha contra la desinformación

Julia Rico Frías

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Filosofía y Sociedad

juliaric@ucm.es



© de la autora

Fecha de recepción: 26/3/2024

Fecha de aceptación: 16/6/2024

Fecha de publicación: 25/7/2024

Resumen

La multiplicidad de informaciones que reciben los seres humanos en la actualidad a través de las diversas fuentes existentes puede contribuir a crear incertidumbre a la hora de discernir dónde está la verdad. En los últimos años, la noción de posverdad, que se creó para definir esta situación, ha sufrido una perversión que está provocando el desgaste del término. Esta investigación pretende realizar un acercamiento crítico al concepto de posverdad, tal como se entiende habitualmente, para señalar los usos que pueden resultar reaccionarios e inmovilizantes en vez de fomentar nuestra capacidad examinadora, a través de la idea de la condición narrativa del ser humano, que tiene la capacidad para devolver al concepto su potencialidad crítica. Nos proponemos despejar la confusión que se ha organizado en torno a la idea de posverdad para encaminarla hacia una vía mucho más próspera.

Palabras clave: posverdad; narrativa; objetividad; verdad; epistemología

Abstract. *The narrative condition of the human being as a tool in the struggle against disinformation*

The multiplicity of information that human beings receive nowadays from different sources can contribute to uncertainty in discerning where the truth lies. In recent years, the concept of post-truth, which was created to define this situation, has been twisted so far that it is losing its meaning. This study aims to take a critical approach to the concept of post-truth as it is commonly understood, in order to identify usages that can be reactionary and paralysing instead of fostering our capacity for analysis, through the idea of the narrative condition of the human being, which has the capacity to return critical potential to the concept. We aim to clear the confusion that has developed around the idea of post-truth in order to set it on a much more fruitful path.

Keywords: post-truth; narrative; objectivity; truth; epistemology

La *condición narrativa del ser humano* es una expresión que pretende describir el modo de relación de las personas con el medio circundante a través de la construcción de relatos. Con el fin de poder introducirnos en el tema con propiedad, lo primero será realizar una aclaración terminológica sobre esta noción clave para nuestra investigación.

A menudo, cuando pensamos en cuentos y relatos, nos vienen a la mente recuerdos de cuando éramos niños y nos contaban fábulas con una moraleja para que aprendiésemos lo que estaba bien y lo que estaba mal, o nos contaban historias en forma de metáforas para hacernos entender situaciones que eran consideradas demasiado complejas para una mente tan joven. Las enseñanzas que nos transmitían venían expresadas en forma de relatos, pero estas narraciones no dejaron de formar parte de nuestra vida entonces, sino que aún nos rodean y nos ayudan a estar en el mundo, a entenderlo y a comportarnos en él. Aunque los cuentos de hadas hayan quedado atrapados en las secciones infantiles de nuestras bibliotecas, hay otro tipo de relatos que contamos todos los días: cuando narramos cómo ha sido nuestro día, qué problemas hemos tenido que resolver o incluso con qué hemos soñado durante la noche. Por eso Nancy Huston dice que somos la especie fabuladora (2017; ver también Covarsí Carbonero, 2021).

La identidad del ser humano como narrador, ya propuesta por Ricoeur, está ligada a una concepción no totalizadora ni totalmente racional sobre quiénes somos. Es decir, para Ricoeur, la identidad propia no es algo de lo que tengamos pleno conocimiento, sino que es algo que vamos hilando a partir de nuestra memoria sobre lo vivido. Cuando, en el prólogo de *Sí mismo como otro* (2006), Ricoeur desarrolla la noción de ipseidad (13-15), lo hace para señalar precisamente que no existe una identidad, en el sentido de inmutabilidad, única de las personas en el transcurso de sus vidas, sino que lo que son está en una constante construcción sobre una mismidad que permanece. A la vez que da cuenta del cambio que coexiste con la continuidad en el ser humano, la identidad narrativa sitúa al sujeto en un espacio-tiempo que lo determina sociohistóricamente. Es una suerte de tercera vía entre el sujeto metafísico cartesiano y la total ausencia de él, en un sentido individual, que encontramos en autores como Nietzsche. El ser humano se constituye narrándose, y del mismo modo narra el mundo que le rodea.

La cuestión de la identidad del ser humano siempre ha suscitado debates, pues la condición existencial es una de las preocupaciones más propias de nuestra especie, pero, a la luz del surgimiento de la posverdad, la discusión se ha reavivado. Esta condición en la que parece sumida la sociedad está afectando al modo en que las personas construyen su identidad, porque la supuesta preeminencia de las creencias personales sobre los hechos está provocando la formación de más identidades basadas en un aspecto emocional, dejando atrás fundamentos objetivos, sobre todo cuando se trata del caso de sujetos colectivos. Esto, según los críticos de la posverdad, influye en la creación de las narrativas que se construyen y se difunden desde estas posiciones, que no responden a la verdad sino a un sesgo amplificado por las cámaras de eco en

que se mueven las distintas comunidades, cada vez más polarizadas, sobre todo en el entorno digital (Rodríguez, 2017: 65; Ferraris, 2019).

La posverdad provoca que los criterios de verdad que estaban tradicionalmente ligados a una raíz más objetiva se muevan ahora hacia lo afectivo. Sin embargo, eso no significa que se abandone toda pretensión de verdad: cualquier teoría de la conspiración aspira a alzarse con la misma credibilidad que un hecho científico. Del mismo modo, tampoco significa que las antiguas verdades estuviesen menos ligadas a los afectos. Aquello que entendemos por verdad está influenciado por nuestro lado «emocional e inconsciente» (Lomelí, citado en Morales y Martínez, 2020: 122). Esto ha sido siempre aprovechado desde la mercadotecnia para marcar nuestras necesidades y controlar nuestros comportamientos, creando relatos que nos resulten atractivos por estar alineados con una serie de valores. En los últimos años, el mundo digital ha acelerado esta situación, pero antes de la aparición de la llamada *posverdad* ya existían otra serie de dispositivos que se encargaban de aprovechar la dimensión emocional de los seres humanos para favorecer la creación de diferentes identidades enfrentadas. Muchos de los procesos que se asocian a la posverdad existían antes que ella y simplemente se han hecho más visibles desde el florecimiento de las nuevas tecnologías.

Investigaciones como la anteriormente citada de Morales y Martínez (2020) intentan defender un retorno a las verdades objetivas como forma de salvaguardar la racionalidad y evitar la fragmentación social, pero ¿qué posibilidades hay de llegar a la verdad cuando nuestra experiencia está mediada por los relatos que contamos? Negar la dimensión de la verdad que está ligada a la vida puede ser tan dañino como negar la verdad misma (González Arocha, 2021: 107). ¿Solo la objetividad puede asegurar una cohesión que no deje a nadie fuera?, ¿no existe otra posibilidad de acercamiento?

Los seres humanos vivimos en el tiempo y organizamos nuestras vivencias según un esquema temporal. Situamos los acontecimientos en el marco de nuestras vidas, y también en relación los unos con los otros, creando estructuras narrativas con un comienzo, un nudo y una resolución. Este impulso hacia la creación de narraciones que los humanos sienten como connatural puede deberse a su pura consciencia de finitud, la certeza de su muerte y el anhelo de darle un sentido a la vida, es decir, al tiempo que nos ha sido otorgado.

La pregunta que puede surgirnos entonces es: ¿podríamos enfrentarnos a la vida sin la ayuda de narraciones? Nancy Huston nos dice:

Jamás se ha descubierto un grupo humano que transitara tranquilamente por lo real como los demás animales, sin religión, sin tabús, sin rituales, sin genealogía, sin cuentos, sin magia, sin historias y sin recurrir a lo imaginario, es decir, sin ficciones. (2017: 24, 25)

Siguiendo una metodología cualitativa, tanto en el análisis de textos como en la observación de comportamientos humanos, tanto fuera como dentro del mundo digital, hemos podido comprobar la importancia de las narraciones

para las personas a la hora de relacionarse con el mundo. Aquello que nos permite construir relatos es nuestra capacidad para comunicarnos a través del lenguaje, y estos relatos están en la base de nuestra experiencia comunicativa. Con las palabras organizamos nuestra realidad y, en el proceso, tomamos decisiones sobre aquello que es relevante contar y aquello que podemos omitir. Ricoeur rescata de Thomas Mann el concepto de *Aussparung*, que hace referencia a esta selección: «La palabra *Aussparung* subraya tanto lo que es omitido —la vida misma, como veremos— como lo que es retenido, escogido, elegido» (Ricoeur, 2018b: 138). Esa selección está condicionada por la relevancia que otorgamos a los diferentes aspectos de la vida y, en consecuencia, al punto de vista de quien construye la narración. Esta discriminación es inevitable, pero conocer desde dónde se ha realizado nos puede dar una información muy valiosa sobre qué se ha decidido privilegiar, otorgándole un lugar protagonista en el relato; y qué es, por otro lado, lo que ha quedado en el olvido. Esto no equivale a decir que cada persona inventa una mentira sobre sus propias vivencias en función de sus creencias previas, pues decir eso significaría creer que estas historias se articulan con el propósito de engañar. Los relatos nos ayudan a navegar por el mundo, a relacionarnos con los demás y a abrirnos un hueco en la sociedad.

De cara a enfrentarnos más tarde a la cuestión de la posverdad, consideramos relevante hacer una distinción entre las mentiras y las ficciones, que surgen del perspectivismo. Podemos distinguir varios niveles en la difusión de información falsa, según la diferenciación de Alasdair MacIntyre, recogida por González Arocha (2021: 99, 100). En primer lugar, encontramos la falsedad, que implica que el hablante no es consciente de la falta de verdad en lo que dice. Después, la ignorancia deliberada, que hace referencia a los momentos en que decimos algo que no estamos seguros de si es verdad, pero que tampoco nos molestamos en comprobar. Por último, las mentiras constituyen el grado más alto de falta de verdad, pues son actos de habla que tienen el propósito de engañar, de hacer creer al receptor algo que no es. En cualquiera de estos grupos podemos situar la desinformación que en ocasiones es divulgada por medios de comunicación y otros organismos para favorecer, consciente o inconscientemente, los intereses de ciertos grupos. La lucha contra la posverdad debería enfrentarse a este tipo de emisiones, pero nos encontramos con que, cuando se pervierte su uso, se produce una persecución de lo que solo son ficciones, o diversas perspectivas sobre un fenómeno. Esto que llamamos *ficciones* son simplemente efectos de la condición narrativa del ser humano, de este vivir necesariamente desde un lugar determinado y no de forma omnisciente. Durante los actos comunicativos, los humanos crean relatos que completan con pequeñas ficciones, como forma de dar una sensación de plenitud a lo que estamos diciendo. Pero, a pesar de transmitir pequeñas ficciones, el ser humano en su comunicación cotidiana es veraz, pues está transmitiendo algo que cree que es la verdad, está forjando un compromiso con el oyente (Vide Rodríguez, 2016: 10; García-Marzá, 2021). Es tan importante definir la posverdad como una mentira, o un conjunto de mentiras, como situar

nuestras afirmaciones para que se correspondan con la verdad de nuestro espacio y tiempo, sin poder asegurar nunca que se vayan a convertir en universales.

Huston dice que al mismo tiempo que aprehendemos la realidad, la interpretamos, que no podemos aislar nuestra aprehensión de la interpretación. Lo que perciben nuestros sentidos cuando miramos un paisaje, por ejemplo, son una serie de elementos entre los que nosotros encontramos relaciones, pero no todas esas relaciones estaban ahí con anterioridad. La mirada humana dota al paisaje de un sentido que no tenía previamente: esta es la forma en que comprendemos la realidad. Así pues, cuando escuchamos una canción, debido a que podemos recordar las notas precedentes, e incluso en ocasiones prever las sucesivas, se crea una idea de melodía, de totalidad, a pesar de que lo que se tocan son notas o acordes individuales. No podemos ver o escuchar cosas aisladas porque nuestro cerebro funciona de manera que tiende a unificar, a crear sentido.

De la misma forma, cuando contamos una historia que nos ha ocurrido, entre cada una de nuestras percepciones aisladas quedan huecos en blanco. Esto sucede porque nos es imposible conocer siempre todos los detalles sobre lo sucedido. Con el objetivo de dar unidad a nuestra narración, inventamos ficciones, desde nuestro posicionamiento sociohistórico, para rellenar estos vacíos y crear continuidad. A esta articulación de la trama para conducir el interés del espectador y atraerlo hacia un desvelamiento que advendrá al final de dicho relato es a lo que el sociólogo Paolo Jedlowski (2022: 57) llama *fabulación*.

Desde que aceptamos esta premisa, se hace presente una dimensión ética en nuestro narrar que es absolutamente relevante a la hora de evaluar la cuestión de la posverdad que nos ocupa. Del mismo modo que nuestra identidad se construye desde la narración y eso provoca inevitablemente que incluyamos en ella pequeñas (o grandes) ficciones, también nuestro relato sobre el mundo es un relato situado, parafraseando a Donna Haraway (1995). Es decir, se trata de un punto de vista sobre el todo que no es unívoco ni representa ninguna verdad objetiva: privilegia inconscientemente lo que es de nuestro interés por encima de lo que es relevante para el resto.

Con el fin de aclarar la importancia de la narración para nuestra experiencia vital, explicaremos brevemente lo que Ricoeur llama, en su obra *Tiempo y narración*, la estructura prenarrativa de nuestra experiencia del mundo (2018a: 134).

La creación de narraciones sobre el mundo es una práctica connatural a los humanos desde la niñez, puesto que es un modo de aprender sobre aquello que nos rodea. Cuando nos disponemos a narrar, necesitamos previamente entender el mundo de la acción. Para ello, en primer lugar, comprendemos lo que es una acción, comprendemos que está situada dentro del tiempo y la traducimos a símbolos para poder comunicarla. En segundo lugar, a partir de ahí, construimos la trama, que convierte lo que hemos experimentado en un todo de sentido y coherencia. Aquí nace verdaderamente el relato.

Ricoeur quiere evidenciar con esta propuesta sobre la forma en que el ser humano crea narraciones que incluso antes de la formación de nuestro relato sobre lo ocurrido ya existen historias con potencial para ser narradas, anécd-

tas que sabemos antes de contarlas que se convertirán en grandes relatos. Esta es la estructura prenarrativa de nuestra experiencia en el mundo.

Una vez que comprendemos que los relatos son la forma que toma la acción cuando es organizada por la trama narrativa, podemos distinguir entre relatos de realidad y relatos de ficción. Un relato de realidad está formado por fragmentos de nuestra experiencia sobre acontecimientos acerca de los que a menudo no conocemos todos los detalles. Por eso, como hemos introducido previamente, a pesar de que nuestros relatos traten de ser fieles a la realidad, en su construcción se incluyen fragmentos de ficción, lo que llama Ricoeur *referencias metafóricas*, que consiguen dar plenitud al relato rellenando los huecos en blanco, pero lo alejan de una verdad objetiva. Por otro lado, tenemos el relato de ficción, que está narrado como si hubiese tenido lugar, con las mismas estructuras utilizadas por los cronistas o los historiadores. Ambos tipos se presentan como relatos que narran sucesos de una forma verosímil, como si fuesen reales, por eso Ricoeur dice que entre el relato de realidad y el de ficción hay lo que llama *referencia cruzada*: el relato de realidad está organizado como una narración gracias a las referencias metafóricas, y el de ficción está construido como si fuera real.

Para que un relato no fuese en absoluto metafórico deberíamos conocer todos y cada uno de los elementos de la historia, para que no quedasen huecos a la hora de conformar el relato. Pero esto parece imposible, puesto que, como dice el escritor Edward M. Forster: «el conocimiento completo es una ilusión» (en Jedlowski, 2022: 71). Sin embargo, como hemos apuntado anteriormente, esto no significa que todo sea mentira o que todo haya perdido credibilidad, sino que debemos estar atentos a cómo se construyen estas narraciones, cuánto de ficción pueden contener o qué sesgos buscar según quién las haya producido.

Para determinar la realidad o la ficción de un relato debemos atender a una serie de criterios en función del tipo de relato al que nos enfrentemos, y por lo tanto dependiendo también de la convención entre locutor y destinatario, como dice Jedlowski. Por ejemplo, los criterios de verdad del discurso científico son compartidos por la mayoría de las personas, puesto que es un tipo de discurso que parece fácil calificar de verdadero o falso. A pesar de eso, podemos encontrarnos con que los criterios que hayan guiado la investigación, o la lectura que se haya hecho de los resultados, sean sesgados. Desde el momento en que cogemos una serie de datos y los convertimos en una narración, pueden colarse en el relato pequeños fragmentos de ficción. Sin embargo, como hemos visto, necesitamos de estas narraciones para dar sentido y comprender aquello que vemos, porque la percepción de los humanos sobre el mundo está ligada a la narratividad.

Atendiendo al argumento de que, por lo tanto, no existe la pureza en los relatos de realidad, decimos que son construcciones discursivas, y su formación depende de los elementos que decidimos incluir en ellos en función de lo que queremos contar, los motivos y los objetivos que nos mueven o con quién estemos hablando. Dice Todorov: «Ningún relato es natural, una elección y

una construcción precederán siempre a su formación; se trata de un discurso, no de una serie de acontecimientos» (en Jedlowski, 2022: 44). La selección a la hora de construir un relato es inevitable, pero debemos ser críticos sobre el origen de las decisiones tomadas a la hora de hacer esta discriminación.

Para arrojar luz sobre las elecciones que se toman a la hora de construir un relato, en el caso del relato histórico, nos viene a la mente el ejemplo de Bertolt Brecht cuando recita en «Preguntas de un obrero que lee» (1935):

¿Quién construyó la séptima puerta de Tebas?
Los libros contienen nombres de reyes.
¿Los reyes arrastraron las rocas hasta aquí?
¿Y Babilonia, que fue destruida varias veces?
¿Quién la reconstruyó tantas veces?
[...]
¿Quién cocina el banquete de la victoria?
[...]
Tantos informes,
Tantas preguntas.

O Huston cuando dice: «¿Qué ha pasado con los inútiles, las putas, los mediocres, las fechorías, las masacres y las tonterías?» (2017: 70). A menudo, el relato histórico ha olvidado, o ha querido olvidar, ciertos aspectos de los acontecimientos según sus criterios sobre lo útil o lo relevante. A pesar de que, como hemos dicho, la criba sea inevitable, el hecho de que esté profundamente sesgada por cuestiones ideológicas nos permite ser críticos y dirigir hacia ella las acusaciones de posverdad. El problema que buscamos señalar en este artículo es que, precisamente, la modificación de ciertos aspectos de la realidad a la hora de hablar sobre ella es connatural al ser humano, la creación de ficciones lo acompaña, y debemos diferenciar este comportamiento de la difusión premeditada de información falsa. Esto puede haber creado cierta confusión a la hora de tratar los problemas de la posverdad, ya que nos encontramos con que, en ocasiones, se está errando el objetivo a derribar, siendo la más afectada por todo esto la propia noción de posverdad, que está dejando por el camino una estela de sangre, convirtiendo lo que podría ser una herramienta valiosa en un arma cargada de conservadurismo.

Llegados a este punto, la conexión entre la condición narrativa del ser humano y la caída en la posverdad de la que se le acusa puede empezar a ser clara, pero debemos explicitarla.

La posverdad, tal como es definida por la socióloga Pilar Carrera (2018), es un tipo de información, y el estadio del mundo que provoca, en el que se ha superado la verdad de los supuestos «hechos objetivos» oculta tras una avalancha de información más o menos distorsionada de diversas y más o menos fiables fuentes de noticias que crecen, en la actualidad, en el mundo digital.

La razón por la que hemos relacionado este concepto con la naturaleza narrativa de los seres humanos es que el concepto de posverdad, tal como se plantea habitualmente, asume la posibilidad de alcanzar una verdad objetiva

a partir del conocimiento de hechos objetivos. Una posibilidad que, sin embargo, parece haberse perdido o estar en peligro debido a la cantidad de fuentes de información presuntamente falsa que actúan en Internet. El problema, tal como afirma Carrera, es que quizá esa verdad objetiva nunca se haya alcanzado o, incluso, no pueda alcanzarse del todo. Nuestra condición humana nos obliga a la comprensión narrativa del mundo y, como hemos visto, ahí siempre se cuelan ficciones. Sugiere Hayden White que deseamos que los acontecimientos reales tengan la coherencia, integridad, plenitud que solo tienen, y solo pueden tener, las historias imaginarias (1980: 27). Por eso los narramos, y, en el proceso, introducimos en ellos ciertos elementos de ficción que los alejan de la pura verdad objetiva.

A la hora de refutar los bulos nacidos de la posverdad, dice Carrera, no podemos recurrir a los hechos objetivos porque estos no son tales. Cuando relatamos acontecimientos se trata simplemente de hechos discursivos, es decir, que se construyen en el discurso y que no están fundamentados en la verdad, sino en el poder. Además, respecto a la supuesta novedad de esta situación, podemos afirmar que no es en esta época de las redes sociales en la que más dificultades podemos encontrar para contrastar la información, sino que la difusión de noticias con información falsa es algo que siempre ha ocurrido. Veamos como ejemplo previo a las redes sociales el famoso caso de Nayirah, en la década de 1990, la supuesta niña huida de Kuwait tras la invasión iraquí que denunció públicamente en Estados Unidos las atrocidades que el ejército de Sadam Husein estaba cometiendo en su país. Gracias a la difusión de su testimonio por los medios de comunicación occidentales, la opinión pública cambió, virando hacia un posicionamiento favorable sobre la intervención estadounidense en Irak (Goodman, 2018). Esta noticia falsa fue utilizada como propaganda política por los medios afines al ejecutivo estadounidense con el objetivo de impulsar el conflicto militar, del que seguramente esperaban obtener beneficio económico. Podemos comparar esta cuestión, en la que los medios tradicionales no necesitaron de las facilidades de las redes sociales para comunicar bulos, con las recientes noticias sobre el conflicto palestino que nos llegan mayoritariamente por Internet. En este caso, la información difundida desde organismos oficiales asociados al Estado de Israel, que forman un potente aparato mediático con capacidad para influir en la opinión pública, está siendo contrastada a tiempo real por los millones de imágenes difundidas por la población de la zona desde sus teléfonos móviles en redes sociales. Destacamos el ejemplo de Mohammed y Omar, dos amigos que retransmiten desde su cuenta de Instagram su día a día desde el campo de batalla en el que se ha convertido la Franja de Gaza (Mohammed and Omar Show, s. f.). A pesar de que se ha hecho una cobertura muy constante del conflicto desde los medios oficiales, hay una serie de imágenes y datos sobre lo acontecido que solo podemos encontrar acudiendo a las redes sociales. Decir que únicamente lo que se ha mostrado en la televisión o en los periódicos es la verdad sobre el conflicto sería simplificar demasiado las cosas. En otras palabras, estos dos ejemplos nos muestran que sería ingenuo asumir que los medios tradicionales siempre

nos ofrecen una verdad objetiva, y asumir a su vez que la cantidad de imágenes que nos llegan a través de Internet son mentira solo porque no proceden de fuentes oficiales (Osuna, 2023; Cohen, 2024). Carrera defiende que en la actualidad el concepto de posverdad es usado con fines políticos por quienes siempre han tenido el poder de controlar la información de los medios y marcar las agendas, de forma que parezca que, en la vorágine de información que han traído las redes sociales, los medios tradicionales son los más fiables. Así, marcan la línea del discurso y por tanto también los criterios de verdad, haciéndonos olvidar que, sin embargo, siguen respondiendo a los intereses de aquellos que están detrás.

Esta concepción de la posverdad muestra también una excesiva confianza en el poder del usuario medio para crear discursos con influencia real en Internet. Aquellos con más repercusión en línea son los mismos medios tradicionales o usuarios con poder fuera de las redes, que existían antes de Internet e imponían su discurso de igual manera, sin necesidad de Twitter. A pesar de que muchos mensajes o vídeos puedan viralizarse, son pocos los que realmente tienen el poder de generar opinión y asentarse en nuestras mentes. Por eso Carrera cree que el concepto de posverdad, tal como está siendo usado con más frecuencia, está contribuyendo a la censura y a la reducción de la pluralidad discursiva (2018: 4) en favor de quienes siempre han controlado la información:

El discurso sobre la posverdad es eminentemente conservador y, bajo el simulacro del orden que se derrumba, afirma un orden mucho más estricto, en el que no hay lugar para otros enunciados, porque cualquier enunciación alternativa es declarada falsa y fruto, precisamente, de ese estadio de posverdad. (Carrera, 2018: 8)

Lo que propone Carrera, y suscribimos, es un cambio en lo que se entiende por posverdad, un cambio que consistiría en olvidar la pretensión de acceder a la verdad pura y, en cambio, atender a la dimensión política e histórica de la verdad. Para este cambio nos servimos de la noción de condición narrativa, según lo explicado anteriormente: en todos los discursos que producimos hay pequeños fragmentos de ficción que nos impiden un acceso limpio a la realidad. Estos discursos, a través de los que pronunciamos relatos, están determinados históricamente: se dan en un tiempo y un espacio. El carácter histórico del ser humano reside en las narraciones que produce sobre su experiencia de la realidad. Nos resulta más fácil pensar en la imposibilidad de enunciar verdades universales cuando vemos claro que la forma que tiene el ser humano de enfrentarse con la realidad pasa siempre a través de una estructura temporal y, por tanto, narrativa.

Esta articulación alternativa del concepto de posverdad debería centrar la atención en los discursos, tanto de medios de comunicación tradicionales o digitales como de otras fuentes, para mostrarlos como dispositivos retóricos que comunican con una serie de implicaciones. Todo discurso es información mediada y escogida en función de unos intereses, que pueden o no ser inocentes. Pero antes de atrevernos a determinar la motivación que esconden, lo

relevante es empezar a mirar en esa dirección, poner el foco sobre las lógicas que se utilizan para construir los discursos, aprender a dilucidar de qué tipo de seducción estamos siendo víctimas y decidir si queremos serlo o no, entendiendo siempre la verdad como un valor intersubjetivo. Citando a Robert Weimann: «si la omisión es inevitable, ya no es el hecho de la selección sino el punto de vista desde el que se hace lo que es digno de mención a la hora de evaluar la narración» (en García Landa, 1998: 185).

En conclusión, como hemos venido diciendo, no está clara la posibilidad de las personas de acceder a hechos objetivos, a una verdad pura, cuando la experiencia de su realidad está siempre mediada por el lenguaje y el tiempo, e, irremediablemente, entonces también por la narración. La mayoría de las cosas a las que nos referimos como «hechos» no las hemos podido experimentar o ver con nuestros propios ojos, sino que las hemos recogido como válidas de un medio o de una persona de nuestra confianza y, aunque las hayamos presenciado, las hemos convertido en historias para contarlas. Por ello, hay dos estrategias posibles de aquí en adelante. Si lo que nos interesa es combatir la desinformación frontalmente, la forma de hacerlo es siendo realistas, usando argumentos adaptados a las circunstancias y a los documentos que los apoyen. Señalar con claridad las mentiras deliberadas puede parecer sencillo, pero la mayoría de relatos no tienen un carácter íntegro, sino que están compuestos por partes de verdad y partes de ficción. Por eso, como hemos señalado anteriormente, lo que creemos más fecundo en nuestra época, lo más provechoso para las personas, no es tanto centrarse en discernir verdad de mentira en términos absolutos, sino en localizar las lógicas que subyacen a la construcción de los discursos, para saber a qué intereses responden y cómo hacerles frente.

Referencias bibliográficas

- AGÍS VILLVERDE, M. (2023). «Las mil caras de la identidad: Identidad narrativa y reconocimiento». *B@belonline*, 10, 75-85.
<<https://doi.org/10.7413/2531-8624008>>
- BRECHT, B. (1935). «Preguntas de un obrero que lee». *Svendborger Gedichte*.
- CARRERA, P. (2018). «Estratagemas de la posverdad». *Revista Latina de Comunicación Social*, 73, 1469-1481.
<<https://doi.org/10.4185/RLCS-2018-1317>>
- COHEN, I. D. (2024). «Los medios israelíes se han convertido en el brazo propagandístico del Gobierno en la guerra». *CTXT*. Recuperado el 1 de julio de 2024 de <<https://ctxt.es/es/20240101/Politica/45207/ido-david-cohen-haaretz-medios-israel-propaganda-gaza-deshumanizacion-mentiras-bulos-autocensura-victimas-militares.htm>>
- COVARSI CARBONERO, J. (2021). *Homo narrator: Estudio de la condición narrativa del hombre desde Ricardo Piglia*. Murcia: Editum. Ediciones de la Universidad de Murcia.
- FERRARIS, M. (2019). *Posverdad y otros enigmas*. Madrid: Alianza Editorial.

- GARCÍA LANDA, J. A. (1998). *Acción, relato, discurso: Estructura de la ficción narrativa*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- GARCÍA-MARZÁ, D. (2021). «Posverdad». En: PIZZI, J. y CENCI, M. S. (orgs.). *Glosario de patologías sociales*. Brasil: Editoria de la Universidade Federal de Pelotas, 199-211.
- GONZÁLEZ AROCHA, J. (2021). «El posmodernismo y el realismo en la aporía de la posverdad». *Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*, 31, 89-111. <<https://doi.org/10.17163/soph.n31.2021.03>>
- GOODMAN, A. (2018). «La incidencia del falso testimonio y la gigante máquina de propaganda en la guerra de George H. W. Bush contra Irak». *Democracy Now!*
- HARAWAY, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- HUSTON, N. (2017). *La especie fabuladora*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- JEDLOWSKI, P. (2022). *Storie comuni: La narrazione nella vita quotidiana*. Mesina: Mesogea.
- MOHAMMED AND OMAR SHOW [@omarherzshow] (s. f.). [Perfil de Instagram]. Recuperado el 27 de junio de 2024 de <<https://www.instagram.com/omarherzshow/?hl=es>>
- MORALES ROMERO, F. B. y MARTÍNEZ MARTÍNEZ, R. R. (2020). «La posverdad: identidades colectivas que degeneran las democracias». *Anagramas Rumbos y Sentidos de la Comunicación*, 19 (37), 111-126. <<https://doi.org/10.22395/angr.v19n37a6>>
- NIETZSCHE, F. (1970). «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral». En: *Obras Completas*, I. Buenos Aires: Ediciones Prestigio, 543-556.
- OSUNA, A. (2023). «Qué es 'Pallywood', la corriente de desinformación que fabrica bulos para acusar a los palestinos de manipulación». *La Ventana de La Ser*. Recuperado el 27 de junio de 2024 de <<https://cadenaser.com/nacional/2023/11/02/los-bulos-que-no-debes-creerte-de-pallywood-la-corriente-de-desinformacion-negacionista-de-la-guerra-entre-israel-y-hamas-en-gaza-cadena-ser/>>
- RICOEUR, P. (2006). «Prólogo: La cuestión de la ipseidad». En: *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- (2018a). *Tiempo y narración*, I. Buenos Aires: Docencia.
- (2018b). *Tiempo y narración*, II. Buenos Aires: Docencia.
- RODRÍGUEZ, C. A. (2017). «Los usuarios en su laberinto: Burbujas de filtros, cámaras de ecos y mediación algorítmica en la opinión pública en línea». *Virtualis*, 8 (16), 57-76.
- VIDE RODRÍGUEZ, V. (2016). «Análisis filosófico y teológico de la mentira desde la teoría de los actos de habla». *Perseitas*, 4 (2), 153-175. <<https://doi.org/10.21501/23461780.2011>>
- WHITE, H. (1980). «The Value of Narrativity in the Representation of Reality». *Critical Inquiry*. Universidad de Chicago, 5-27.

Julia Rico Frías (Madrid, 1999) es graduada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Ha completado el máster de Filosofía Contemporánea y el máster de Profesorado de Secundaria en la Universidad de Granada. Actualmente es doctoranda en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, con una tesis centrada en la problemática del punto de vista en la articulación de los relatos.

Julia Rico Frías (Madrid, 1999) has a degree in Philosophy from the Complutense University of Madrid. She has a Master's degree in Contemporary Philosophy and another in Secondary School Teaching, at the University of Granada. She is currently studying for a PhD in Philosophy at the Complutense University of Madrid, with a thesis focused on the problematics of the point of view in the articulation of narratives.
